

La mujer ideal es, realmente, la otra. Alteridades femeninas y relato (histórico)

Montserrat Jiménez Sureda
(Universitat Autònoma de Barcelona)

1. *Parole, parole, parole*¹

Nosotras/Nosotros/Nosaltres. ¿Cuándo nos se completó con los otros? ¿Cuándo el castellano y el catalán estuvieron, lingüísticamente dispuestos a integrar a los demás para completar una identidad común colectiva? Los límites de mi lenguaje son los confines de mi mundo, decía Ludwig Wittgenstein (Hadot 2007). ¿Cuándo las fronteras de ese espacio hispánico se permeabilizaron posibilitando la ósmosis de la diversidad humana?

Muchas otras lenguas no tienen espacio Schengen que acoja la diferencia que es el no-yo conjugado en plural. En francés, el je se multiplica en el nous. En inglés, el I en el we. En italiano, el io en el noi. En alemán, el ich en el wir. El compás logográfico dibuja un círculo para encerrar en él al grupo de iguales.

El mundo existe como realidad y como representación y voluntad de la misma, escribió Schopenhauer (Schopenhauer 1819). Una persona forma parte del mundo. Cada persona es un mundo, reza el (sabio) refranero. Luego, una persona lo es como realidad y, también, como representación. Cada persona es un relato, un relato oral que se autocuenta en silencio, reflexivamente, día a día. Una persona puede ser la protagonista de una narración oral o escrita que alguien que no es ella explica, para sí o para otros.

¿Quién ha explicado y cómo la historia de las mujeres por escrito? ¿Quién ha extraído y cómo de ese conjunto diagramático a una sola mujer para señalarla y exponer su caso, también mediante la escritura?

Verba volant, scripta manent. La oralidad es más vulnerable al olvido, aunque hay tradiciones orales que parecen eternas pues se han ido perpetuando generación tras generación, con las adaptaciones pertinentes para renovarse y no morir.

Las historias de mujeres han sido referidas por mujeres a otras mujeres de manera oral por diferentes causas, con diversas finalidades: laudatorias, críticas, incriminatorias, acusativas, amorosas, admirativas, ejemplificantes...

Normalmente, estas pequeñas crónicas tenían un horizonte de campanario, estando delimitadas por los confines perimetrales de la municipalidad y de quien se integraba en ese pequeño mundo. A lo sumo, se ampliaban a poblaciones colindantes, en que las protagonistas eran discernibles sin demasiada dificultad.

La lejanía propiciaba el desinterés y la rápida amnesia, a menos de la figura adquiriese ribetes míticos, como era el caso de la señora feudal o de la reina. El poder que de ellas emanaba aseguraba una aureola de temor a unas potenciales represalias y era el mejor cerrojo para unas lenguas que tendían a soltarse con desparpajo cuando su víctima se conceptuaba como una presa fácil, socialmente insignificante (un ejemplo en Ortiz 2018, 17-34).

¹ En el mundo anglosajón, heredero parcial del resultado pro-normando de la batalla de Hastings (1066), la *parole* era el contrato oral vinculante que comprometía a quien la daba, una especie equivalente a la palabra de honor tan usada por el estamento militar hispánico. Como concepto jurídico, se usa, todavía, en el ámbito penitenciario (Thomas y Reingold, 2017, 213-252). La triple invocación que da título a este apartado juega con el contenido simbólico, tanto de la acepción anterior (palabras que crean realidades, palabras que limitan o expanden una dimensión) como de la sugerente canción (con una esencia que es la misma no aplicándose al mismo ámbito), a que la italiana Mina Mazzini prestaba su voz y un espacio en su álbum *Cinquemilaquarantatrè* en 1972.

La lectoescritura lo cambiaba todo. Ampliaba los horizontes de quien poseía la habilidad. Con un libro a mano, la lectora mudaba los aires y podía situar el foco de su atención en la princesa Carmesina de Constantinopla (Martorell 1490)². Aquel oxigenar la mente la distraía de la atención obsesiva y permanente hacia las comadres territorialmente más próximas.

Las señoras no solían envilecerse con el linchamiento físico o verbal a alguna vecina de baja estofa caída grupalmente en desgracia, pues esto les hubiera supuesto una igualdad actitudinal y una identificación empática con las plebeyas. Y las hubiera equiparado emocionalmente a ellas, haciéndolas vulnerables a otro tipo de comentarios y confianzas.

La lejanía en el trato y el misterio en la expresión eran, pues, también, una eficiente coraza, una táctica para sobrevivir.

Las historiadoras nos fijamos en los mismos personajes que fueron la diana de las miradas de sus convecinos. Reproducimos, dándole la vuelta a la intencionalidad, la atención que les dedicaron sus, a menudo, agresores. Sin embargo, estas protagonistas a su pesar suelen ser la excepción. No la norma documental.

La invisibilidad archivística femenina absoluta es imposible en la Edad Moderna. Solo acontece cuando un ataque externo destruye por completo el depósito físico de la memoria de pergamino y papel.

El Concilio de Trento y algunos sínodos anteriores, al fijar la obligatoriedad de los *quinque libri* en cada parroquia, regaló una segunda existencia, más larga que la biológica, en una proto-virtualidad de celulosa, a las neófitas, a las madres, a las comulgantes y a las difuntas. A una ristra temporalmente lineal, aunque cíclica en su interminable sucesión rutinaria de datos similares, de mujeres casi idénticas en su monótono transitar.

La mayor parte de nuestras antepasadas pudo ponerse de perfil y pasar desapercibidas ante los brotes de hostilidad más peligrosos de sus semejantes, lo cual no implica ni que los eludiesen en su totalidad, ni que interpretasen sempiternamente el mismo rol en la comedia de la vida.

Algunas, sin embargo, no pudieron escabullirse, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas.

2. Lo que no soy yo es el otro

La dualidad fisiológica más determinante y decisiva para el futuro de nuestra especie era la que contraponía, complementando, a los dos concursantes en el imprescindible (para ello) acto reproductivo.

El hombre y la mujer de Antiguo Régimen hacían bandera de su diferencia sexual, pero se necesitaban mutuamente y eso diluía unos antagonismos que habrían podido ser letales. Que resultaron así, cuando el imperativo biológico quedaba fatalmente anulado por la circunstancia. Durante las cazas de brujas, por ejemplo.

Ahora bien, ¿y las mujeres entre ellas? A pesar de ciertos discursos que se empecinan en cargar todos los muertos al dualismo maniqueo antagónico entre hombres y mujeres, la complejidad del mundo real con sus relaciones laberínticas y emocionalmente polimórficas se empeña en contradecir el concepto contemporáneo de lo que es –ahora– políticamente correcto.

¿Hubo sororidad en el pasado? Sí. Rotundamente. Pero también hubo lo contrario. Entre mujeres. Y con igual rotundidad.

² La princesa de quien Tirante el Blanco se enamora.

Todas somos las otras para las demás. Para sufrir el rechazo de una mayoría, no es preciso que una piel sea negra, blanca o amarilla. Basta con que sea diferente. A lo largo de mi ejercicio laboral como historiadora, he dado con la piedra filosofal, con la madre de los relatos de mis semejantes. He conseguido hallar a los culpables de los conflictos de cualquier época. Siempre han sido, son y serán los mismos: los otros. O las otras, en el caso que nos ocupa.

Como las grandes mentiras, ésta es una tautología simple y universal, que se basa en una secuencia emocional con la que su ego protege la autoestima de quien la formula: nosotros y nosotras somos generosos, buenos, bellos, amables, demócratas. Los otros y las otras son nuestra némesis. Y esperan, agazapados y silentes, la ocasión de dañarnos. Sin duda alguna.

En sociedad, no ha habido destrucciones sin una justificación previa y honorable que legitimase a los agresores, los cuales nunca han perdonado a sus víctimas (Jiménez Sureda, 2014). Ni siquiera a título póstumo y como reparación compensatoria. Eso equivaldría a entonar un táctico *mea culpa* que el feligrés solo pronuncia en presencia del gran juez que se sabe de memoria sus pecados. Es decir, jamás.

La historia, pues, no va a redimir a los irredentos. De hecho, al vulgarracho³, como tal, la historia le importa lo mismo que el bien común. "... querer que alguien vil no cometa faltas es querer que la higuera dé otro fruto que no sea el higo...", escribió el emperador Marco Aurelio (Marco Aurelio 170, 241), anticipándose más de mil años a las teorías de Martha Stout (Stout 2005).

Las personas que tratan bien a los demás suelen tener una sólida autoestima que se refleja, como en un espejo, en sus semejantes. Quien ha crecido con animales, sabe que los perros que más ladran son los que necesitan compensar a voces su pequeño tamaño.

En el Antiguo Régimen, una identidad atribuida por un grupo socialmente cohesionado y dominante podía ser una cárcel cuya única posibilidad de fuga era una sentencia de muerte bárbaramente administrada por los verdugos pertenecientes al colectivo anterior.

Los neuro-educadores, como los psicólogos y los psiquiatras, saben que el grupalismo es la patética explicación al funcionamiento gregario de los animales más primitivos de nuestra especie.

Solomon Asch (1907-1996) demostró, a mediados del siglo XX, que la mayoría aplastante de personas estaban dispuestas a darle una contundente patada a la veracidad y a la sensatez para abrazar con fervor la corriente de opinión mayoritaria en el grupo en que se les inserta (Asch 1955, 31-35; Asch 1956, 1-70).

Sus comprobaciones empíricas acerca de los límites de la traición al propio intelecto que un individuo está más que dispuesto a perpetrar no se apoyaban en cuestiones tan controvertidas como la política o la religión, sino en elementos tan objetivables como formas y colores.

Así, si todo un grupo conchabado con el investigador declara que un cachivache rojo es negro, los sucesivos miembros (que ignoran la trama), tras una leve vacilación gestual que intentarán ocultar con premura, negarán su tono encarnado.

La razón última de este despropósito racional es el instinto de supervivencia que, en el fondo, es epicentro esencial de todo el conocimiento innato (antes etiquetado como "instintos") de que la naturaleza nos dota.

Confrontados a una situación kafkiana, por arbitraria y ridícula que el intelecto la perciba, la presencia numerosa de seres humanos con un parecer compacto impone una

³ El sustantivo sintácticamente correcto es "vulgacho". Por ser poco peyorativo con respecto a las consecuencias que suelen producir sus detentores cuando se desencadenan, me permito la sílaba aumentativa, en homenaje a tantas víctimas como este soltarse ha producido en la historia.

lógica superior que el inconsciente codifica en parámetros de amenaza y derrota y, con ella, quizás, aniquilación.

Y nuestro imperativo biológico nos conduce a querer sobrevivir a toda costa. De manera casi unánime, el individuo así confrontado se convierte en cripto-racional. Sabe qué es lo correcto y qué es lo incorrecto, pero lo disimula. Por su propio bien. O eso cree.

El grupo es la multiplicación del ego. La alteridad es aquello que el grupo decide excluir de su identidad colectiva. Quien se ve empujado simbólica y/o físicamente fuera de los márgenes de esa identidad grupal, devenida una pequeña o grande (es una simple cuestión de escala métrica) identidad social es etiquetado automáticamente por quienes están dentro como un marginado y se evita contacto con él por el mismo temor que constriñe a la alineación con las mayorías. Es última instancia, es un caso de fuerza (mayor).

En el Antiguo Régimen, se empezaba a adiestrar a los críos en esta conducta, que revertía invariablemente en el empoderamiento del miembro dominante, que podía ser no el más escenográficamente aparente (un hombre intimidatorio, por ejemplo), sino una madre pasivo-agresiva que utilizaba maquiavélicamente el victimismo para controlar y someter a sus complejos y prejuicios a todo su núcleo familiar, que, para más inri, solía comprar la imagen que ella deseaba vender de sí misma.

3. Datos y relatos

Si la otra no es yo, las otras no son nosotras. Son ellas. Una de las características más definitorias del uso de los pronombres personales respecto de la otredad es la estrecha asociación de estos con dos adverbios de lugar y una sola metafórica figura geométrica. Nosotras y yo estamos dentro del mismo círculo, imaginario, subjetivo, inventado. Ella(s) está(n) fuera.

Para que haya alteridad, tiene que haber exclusión. Para que haya exclusión, tiene que haber una voluntad que puede ser, en origen, singular, pero que acaba siendo común en el momento en que hay un consenso –implícito, frecuentemente– de acatarla.

Pienso, luego existo. Existo en mi pensamiento, como representación de mi misma. Y junto a mí, existen quienes están en mis representaciones mentales. Estas personas tienen una realidad objetiva e independiente de mi voluntad. Son, con su realidad cromosómica y con su entorno.

Sin embargo, cuando las pienso, las represento ajustándolas a mis medidas, interpretándolas y comprendiéndolas (en el mejor de los casos) o juzgándolas (en el peor) según mi (y no su) escala de valores. Y yo no soy una excepción.

Los seres humanos proceden así con sus semejantes. Aunque el resto de seres humanos sea una realidad objetiva e independiente de la voluntad del analista, éste los representa al pensarlos y, al interiorizarlos, suele elaborar un relato que los decodifica y los hace inteligibles para él.

Ahora bien, ese guión sigue los criterios de su autor y, dado que una persona no es solo un intelecto, el relato suele entreverarse con las emociones de su fautor y éstas pueden ser no solo positivas.

Dado que muchas opiniones se ven conformadas por secuencias emocionales que arrastran a la racionalidad a crear un discurso justificativo con que disfrazarse, la imagen del otro suele construirse en base a cómo se siente su evaluador cuando se halla con él.

Si sus emociones son positivas, sus interacciones tenderán también a serlo. Si predomina la negatividad, la relación reflejará tal proclividad. Y si cuánto se siente fluctúa, el vínculo se desarrollará de manera oscilante.

La alteridad es, pues, absolutamente subjetiva y se cuenta por los millones de habitantes que pueblan el planeta. Ni uno menos, aunque puede que muchos más si incluimos en las percepciones humanas a individuos del resto de especies animales y vegetales que están en el mundo e, incluso, a sus hábitats o a la Tierra en sí.

¿Sólo tienen otros los Reyes de la Creación? ¿Sus súbditos son un magma idéntico, incluso ante los nexos que se crean entre sí? ¿Son los animales un exponente de la simetría relacional por naturaleza? Y, si no lo son, ¿Cómo son los otros de esos otros? ¿Y las otras de esas otras?

Las inexcusables investigaciones de primatólogas como Jane Goodall, Dian Fossey, Biruté Galdikas, entre muchos y por no salir del ámbito familiar, nos revelan un patrón de actuaciones semejante al de los humanos, en contextos básicos y en esencias primarias (Goodall 1986; Fossey 1983; Galdikas 1995; de Vaal 2013; Riba Cano 2016).

Al igual que sus parientes, el mono desnudo es capaz de exhibir un abanico de comportamientos que van desde la solidaridad hasta la agresión, desde la cooperación hasta la rivalidad, desde el altruismo hasta la competencia, desde la inclusión hasta la exclusión (Morris 1967; Morris 1969).

Probablemente, lo que determina las opciones que se vayan a escoger, ante un estímulo concreto, sea una amalgama entre el conocimiento innato (lo que, en épocas anteriores, se llamaba instinto), la personalidad de cada cual, la viabilidad según la coyuntura y el diagrama de valores grupalmente correctos en que se haya criado el individuo, ya que una sociedad puede condenar como maltrato infantil acciones que otra cultura puede aplaudir como una muestra de saludable disciplina reversible en un futuro bien común.

Las sociedades no solo de Antiguo Régimen han tendido a legalizar múltiples exclusiones, han sancionado desde el poder la alterización negativa de individuos y minorías débiles. Les ha interesado quedar a bien con la mayoría, por mor de mantener el cargo, y ese hacer la vista gorda ha dado pie a barrabasadas históricamente recurrentes.

Las involuntarias protagonistas de una tragedia escrita por otros (u otras) cubrían el amplio espectro de la otredad, desde las brujas, las enfermas, las que vivían con diversidad funcional, las huérfanas, las delincuentes, las disidentes religiosas (luteranas, alumbradas, santas, beatas, puritanas, penitentes), las monstras, las étnicamente diversas (guanches, indias, incas, filipinas, chinas, mestizas), las notoriamente lesbianas o las prostitutas hasta las judías, las gitanas, las moriscas, las extranjeras o las agotes⁴.

Ni siquiera las anodinas mujeres de su casa, idénticas en fondo y forma a tantas vecinas de sus lugares, se salvaban de la malevolencia de otras comadres si al mal viento de la inquina le daba por soplar de través. La construcción de la alteridad se daba en la esfera doméstica (de suegra a nuera, por ejemplo) o en el espacio público (una fuente indirecta en Pizzo 2016).

Quienes las hostilizaban no eran extraños (a los que se les hubiera dado una higa de sus cuitas y aconteceres), sino convecinos muy allegados a sus personas. No hay que olvidar que el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza⁵, pero también creó al diablo teniendo el mismo modelo en mente.

4. Hará su maldad el malo sin que lo enderece el palo (¿?)

Para alterizar negativamente a una persona hay que simplificarla negando sus identidades múltiples. Hay que negarla como ser humano complejo, hay que

⁴ A pesar de mis diversificados intentos, no he podido incluir, en el dossier, un artículo sobre estas últimas.

⁵ ¿O fue al revés? En cualquier caso, el orden de los factores no alteró (demasiado) el producto.

deslocalizarla y destemporalizarla, para convertirla en un compendio de defectos que se sintetizan en destilados de maldad. Hay que hacer de ella un relato.

Y quienes lo construían podían ser otras mujeres.

La persona señalada por el índice verbal pierde su ser de hija, de hermana, de amiga, de nieta, de pueblerina, de novia, de esposa, de madre, porque en la fábula distópica que protagoniza solo cabe un papel y, con él, los actos que se le asocian, invariablemente mezquinos y lesivos para la comunidad.

La otra es, invariablemente, reificada como paso previo a su destrucción. De otro modo, la conciencia de grupo no podría avenirse con la violencia de su eliminación, ya física, ya simbólica.

El personaje mítico en que se metamorfosea la vecina que resulta insidiosa a quien la reinventa deviene tan intemporal como irreal es su existencia. La acusada se transforma en la mala, convirtiéndose su acosadora en la buena de ese cuento y ambas vidas son fabuladas como la eterna lucha maniquea, en que, para que haya un final feliz, la maldad debe ser aniquilada.

A la otra se le expoliaba, real o simbólicamente, su propia vida. Pocas veces, en la historia, la alteridad fue el complemento gozoso a la mismidad que pudo ser. Quienes no aceptaron una alteridad que no se adecuó a sus personales expectativas actuaron (quizás fueron) como narcisistas, incapaces de comprender algo más allá de su estricta mismidad.

Convirtieron unos prejuicios categóricos que no iban más allá de sus ombligos en las únicas categorías filosóficamente universales, en incontrastables dogmas de fe que debían ser ciegamente obedecidos so pena del infierno terrenal en que ellas oficiaban como suprema, aunque oficiosa, jerarquía.

La estrategia de desvalorización global y permanente para subyugar a las otra incluía confiscar sus espacios, sus tiempos y sus relaciones, exportando una crítica perpetua a cuanto se hacía y negativizando cualquier iniciativa y habilidad positiva.

La implicación absoluta en el mantenimiento hegemónico de tal discurso desalentaba cualquier tipo de réplica al mismo, incluso por parte de terceras que callaban (por tanto, validaban las infamias con su silencio) ante el temor de ser emplazadas, como las otras, fuera de las fronteras del canon social que quien tenía suficiente poder para imponer su interpretación conceptuaba de correcto.

Las relaciones sociales cristalizaban, así, en relaciones feudales entre pares de un mismo estamento. A las otras, siempre minorizadas, se les imponía grupalmente una indeseada e indeseable identidad exógena, permanentemente subordinada, justificada por un largo y falso elenco de atributos negativos, y que se basaba y retroalimentaba –a la vez– en una cultura opresiva que usaba la palabra (de sus fiscales) y el silencio (de las acusadas, por no empeorar su situación) como mecanismos de control.

Dado que las impugnadoras de sus semejantes solían ser agentes sociales muy activas en su comunidad, su discurso terminaba siendo hegemónico y tan eficaz que las dominadas podían interiorizarlo como socialmente correcto (puesto que una de las herramientas emocionales en que este perfil se apoyaba solía ser el cultivo del sentimiento de culpa), sin contraponerle otro relato que las redimiese de su triste marginación grupal.

No todas las batallas se han perdido, pero hay individuos que no suelen ganar ninguna. Normalmente, este tipo de confrontaciones se cerraba con una rendición incondicional por evitar males mayores. La resistencia a la voluntad colectiva solía culminar en el martirio.

5. *Mors tua, vita mea*

Que una exclusión sea legal, no la convierte en justa. Para que alguien fuera estigmatizado con la subordinación inherente a la alteridad, era indispensable la existencia de unos fiscales que, a modo de juez, dictasen la última pena basándose en la presunta gravedad de la infracción global de unos códigos sociales frecuentemente implícitos que el reo desafiaba con su simple conjugación del verbo ser.

Es un vano consuelo pensar en la maldad de las instituciones. Como entes inanimados, las instituciones no son sino lo que sus creadores quieren que sean. La perversidad, si la hay, está en quienes las gestionan. Así que, incluso una organización erigida bajo nobles supuestos, como un hospicio, puede convertirse en el infierno si son demonios quienes lo gobiernan.

La maldad siempre tuvo nombre y apellidos, aunque sea el anonimato de la muchedumbre lo que más convenga a sus detentores. Al cabo, Satanás también necesitó ser adorado.

La violencia es una respuesta que da el conocimiento innato (o instinto) de muchos animales, entre los cuales el humano. En este sentido, la violencia no es un fenómeno histórico, sino que es una respuesta antropológica. La justificación a su recurso no suele darse *a priori*, sino *a posteriori* y como pretexto honorable y legitimador de quienes la han desatado.

Sin embargo, para el hombre (y la mujer), en la mayoría de los casos, la violencia es una elección. Ante la cual, pueden negarse. Aunque quienes se hayan solazado con su práctica, mantengan su inevitabilidad, puesto que precisan de ser creídos para proteger un carisma social positivo.

Esa popularidad grupal se deterioraría inexorablemente si se confirmase que las agresiones relacionales que han promovido y jaleado con toda su alma han tenido la gratificación emocional como una de sus causas y no de las menores precisamente.

Cualquiera que sea la excusa que se ponga, la violencia gratuita es imperdonable. Cualquier individuo ha experimentado múltiples frustraciones a lo largo de su vida, pero no se ha dado a maltratar con saña a los más vulnerables de entre sus semejantes por redimirlas o por redimirse.

Hace falta un carácter para eso. Un carácter con el que se nace (y al que se padece). Como se nace rubio o con otros rasgos fenotípicos. Los procesos de inclusión o de exclusión de las “otras” no son más que dinámicas de poder, algo más escondidas con el camuflaje declamatorio de la sintaxis gramatical que las que practican primos nuestros, como los gorilas o los orangutanes.

Sea como fuere, el mecanismo, de tan antiguo, diríase que es inherente (también a nuestra especie). A lo largo de la historia, el recurso humano a la exclusión de sus pares adquiere proporciones pandémicas. Y ubicuas. No hay sociedad que se libere de ella. No hay momento histórico en que no aparezca esta lacra, a gran o pequeña escala.

Los seres humanos, como el resto de animales, tiende a la homofilia, es decir, a rodearse de las personas que más afinidad presentan con ellos, caso en el cual las relaciones pueden igualarse bastante. La heterofilia requiere de unas habilidades racionales más abstractas y/o suele ser propia de espíritus más selectos y oreados.

En el Antiguo Régimen, por ejemplo, las familias y los individuos se codeaban con sus símiles. Incluso se perpetuaban estas permanencias dinámicas contratando matrimonios endogámicos como norma, con sus escasas, aunque inevitables, excepciones.

El mundo es ancho. Cuando una persona trataba con otras personas a las que categorizaba como inferiores, aunque tuvieran su mismo status social, su factor humano mediatizaba el tipo de trato que les daba (y que recibía), no siendo ajeno al mismo la capacidad de la otra de satisfacer de manera inmediata y fehaciente las expectativas de

la una. Especialmente las concernientes a aquellos componentes del ego que, antaño, se llamaron, acertadamente vanidad.

Esa misma vanidad amaba la adulación y aborrecía la independencia, porque, esta última, aun sin quererlo, le ponía límites. Frecuentemente, la persona excluida –la otra– al no someterse a la economía moral de la multitud, mudable y redefinida por su líder coyuntural (que solía ser quien abría la veda de aquella caza mayor), ofrecía su flanco a la jauría.

El derecho se inventó, felizmente, para encauzar los brotes de ira que, descontrolándose podían encadenar las venganzas y perpetuar un estado de guerra permanente que amenazase la paz social, desbarajustase las jerarquías, perjudicase a las propiedades y salpicase a los privilegios de quienes detentaban el poder.

Cuando el malestar social apuntaba a los cimientos de la construcción política, se podía ofrecer que la colectividad antropomorfizase sus males, corporificándolos en un individuo o en una minoría y, por tanto, destruyéndolos simbólicamente, así encarnados, en una catarsis, a modo de solución final.

Para que una persecución arraigase más allá de un grupo, en el Antiguo Régimen, se necesitaba siempre la aquiescencia o el tacitismo de quienes detentaban, moralmente también, el poder en la comunidad en que ésta se producía.

Se podía acudir a un *laissez faire* por pura indolencia o tal beneplácito podía darse por evitar males mayores, por miedo o por un maquiavelismo de conveniencias, sin excluir algunos casos de participación en las emociones colectivas dominantes o una mezcla de causas.

En no pocas ocasiones, quienes controlaron los engranajes del mando usaron a víctimas de inquina (que hubieran debido beneficiarse de su protección) como chivos expiatorios de las tensiones sociales y como cortinas de humos de malas gestiones políticas e institucionales y de malversación económica.

6. Conclusiones

La alteridad es como un cuchillo. Es una herramienta (mental, en este caso) de supervivencia, para decodificar e interpretar el entorno que rodea al ser humano con el objetivo de integrarlo en él, maximizando sus oportunidades de sobrevivir. La alteridad en sí no es buena, ni es mala. Depende del uso que le dé quien la aplique.

Como una navaja, quien tome su empuñadura usará la hoja para cortar el pan que le alimenta o para agredir alevosamente a un compadre. El mal no está en el instrumento, sino en quien lo maneja. No serviría de nada prohibir las armas blancas, porque en su defecto, habiendo intencionalidad, se sustituirían por un taburete.

Solo la educación apropiada (no todos los adiestramientos valen, porque los hay que son igual de peligrosos que un puñal éticamente mal empleado) puede iluminar la cara oscura de la alteridad. Y ello porque capacita a los seres humanos para interpretar al mundo bajo el prisma de la decodificación racional de los hechos que en él acontecen.

Una serie de catástrofes climatológicas ya no son provocadas por los conjuros de la bruja de turno, sino por una serie de premisas meteorológicas. Una plaga ya no se debería al envenenamiento de los pozos que abastecen a un municipio cometido por el marginado de rigor sino por el contagio masivo y humanamente involuntario de agentes microbianos.

La constatación de la existencia de quien no es yo no debería asustarme (más que en un pequeño porcentaje de individuos o en unas coyunturas, bélicas, por ejemplo, muy circunscritas al momento histórico), sino enriquecer mi existencia con vivencias que la diversifican y la alejan de la soledad.

Habría que aprender a respetar el derecho a ser como a una le dé la gana, siempre que ello no suponga una lesión a terceros o una amenaza (no interpretable, sino constatable) para el bien común. Respetados los enunciados de los códigos civiles y penales compatibles con el más genérico derecho de gentes, no tendría que haber traba moral alguna al ejercicio de la otredad.

Los psicólogos llaman mecanismo de desplazamiento a la dinámica que permite proteger y mimar al ego propio en detrimento del ajeno, imputando a la otra defectos que son de la una. Solo se puede detectar con precisión aquello que se conoce muy bien, quizás por la intimidad que proporcionan los largos años de convivencia interiorizada con tal elemento. Así, una individuo notoriamente avara puede irritarse ante la falta de generosidad del prójimo para con ella.

El endosar la negatividad propia –la ira, la mezquindad– a la otra permite, además, la doble gratificación emocional de la descarga de asumir y gestionar los sentimientos y percepciones lesivos y posibilita castigar en cuerpo ajeno cuanto se vive como socialmente punible en base a la educación global que se haya recibido.

Cuanto más opresivo era el corsé social más ansiosa devenía la búsqueda de una cabeza de turco que actuase a modo de punto de fuga de las frustraciones individuales y colectivas que la misma dinámica de interacciones grupales generaba.

Obviamente, el ataque físico solía materializarse después de una vasta campaña de deshumanización de la persona elegida como chivo expiatorio, a la cual se convertía en ogro, es decir, se la deshumanizaba atribuyéndole todas las culpas imaginables, mitificándola hasta transformarla en un ser mítico y peligroso para sus perseguidoras. Un ser ante el que no cabía la redención, ni la misericordia. Un ente cuya única salida era la de ser destruido.

Así las cosas, cualquier intento de la víctima era usado en contra suya, puesto que la condena se había dictado inexorablemente y los acercamientos a sus verdugos se interpretaban maliciosamente en clave de astucia y engaño.

La cruz de este proceso tenía una cara aún más siniestra. Si el reo era el mal; quienes le acometían se autodefinían, implícita o explícitamente, como el bien. Los móviles inicuos y particulares, solapados bajo la imaginaria bandera del altruismo y el bien común, se describían como honorables.

Los hostigadores eran calificados de justicieros. Y, si llegaba a haber crimen, este era ensalzado como una liberación. Si el mismo se daba a gran escala, los cronistas podían glosarlo y los gobiernos poner a los homicidas en lo alto de un pedestal que dominase el espacio público más transitado, para que la mayoría de la plebe hiciese lo que solía en tales lances: ovacionar a quienes ganaban.

Obras citadas

- Antolini, Paola. *Los agotes. Historia de una exclusión*. Madrid: Itsmo, 1989.
- Asch, Solomon. "Opinions and social pressure." *Scientific American* 193/5 (1955): 31-35.
- Asch, Solomon. "Studies of independence and conformity. A minority of one against a unanimous majority." *Psychological Monographs* 70/9 (1956): 1-70.
- Chan-Fai Cheung; Tze-Wan Kwan; Kwok-ying Lau (eds.). *Identity and Alterity. Phenomenology and Cultural Traditions*. Würzburg:Verlag Königshausen y Neumann, 2009.
- Cortés i Orts, Carles coord. *Images of otherness*. Berna: Lang, 2022.
- D. a. *Historia, identidad y alteridad*. Salamanca: Hergar, 2012.
- Fabian, Johannes. *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object*. Nueva York: Columbia University Press, 1983.
- Fossey, Dian. *Gorilas en la niebla*. Barcelona: Salvat, 1994 [1a ed. 1983].
- Fromm, Erich. *Anatomía de la destructividad humana*. Madrid: Siglo XXI, 1982 [1ª ed. 1974].
- Galdikas, Biruté. *Meine Orang-Utans. 20 Jahre unter den scheuen Waldmenschen*. Munich: Scherz-Verlag, 1995.
- Goodall, Jane. *The Chimpanzees of Gombe. Patterns of Behaviour*. Boston: Bellknap, 1986.
- Hadot, Pierre. *Wittgenstein y los límites del lenguaje*. Valencia: Pre-Textos, 2007.
- Jiménez Sureda, Montserrat. "Podant minories. La contra identitat jueva com a ciment cohesionador", *Crist i la història. Els inicis de la historiografia eclesiàstica catalana en el seu context europeu*. Bellaterra: U.A.B., 2014: 422-446.
- Korstanje, Maximiliano; Scribano, Adrian. *Imagining the alterity. The position of the other in the classic sociology and anthropology*. Nueva York: Nova Science, 2020.
- Leistle, Bernhardt (ed.). *Anthropology and alterity. Responding to the other*. Londres: Routledge, 2017.
- León Vega, Emma. *Sentido ajeno. Competencias ontológicas y otredad*. México: Anthropos, 2005.
- Levinas, Emmanuel. *Alterity and Transcendence*. Nueva York: Columbia University Press, 1999 [1a ed. 1970].
- Martorell, Joanot. *Tirant lo Blanch*. Valencia: Generalitat, 1990 [1a ed. 1490].
- Marco Aurelio. *Pensamientos para mí mismo*. Madrid: Errata Naturae, 2017 (170).
- Mathias Simao, Livia; Valsiner, Jaan (coords.). *Otherness in question. Labyrinths of the self*. San Bernardino: I.A.P., 2007.
- Morris, Desmond. *El mono desnudo*. Barcelona: DeBolsillo, 2003 [1a ed. 1967].
- Morris, Desmond. *El zoo humano*. Barcelona: Plaza y Janés, 1972 [1a ed. 1969].
- Nealon, Jeffrey. *Alterity Politics: Ethics and Performative Subjectivity*. Durham: Duke University Press, 1998.
- Ortiz Lobo, Alberto. "'Corre de pública vos i fama que es bruxa'. Catalina de Miranda y el perfil de la víctima propicia", Zamora Calvo, María Jesús (coord.). *Mujeres quebradas. La Inquisición y su violencia hacia la heterodoxia en la Nueva España*. Madrid-Fráncfort del Meno: Iberoamericana-Vervuert, 2018. 17-34.
- Pérez Martínez, Manuel; González Varela, Sergio. *Poder y alteridad. Perspectivas desde la antropología, la literatura y la historia*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2013.

- Pizzo, Lucia. *Las relaciones parentales en los refranes españoles, sicilianos, italianos, neogriegos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2016.
- Půtová, Barbora. “Freak Shows. Otherness of the Human Body as a Form of Public Presentation”, *Anthropologie. International Journal of Human Diversity and Evolution*. 56/2 (2018): 91–102.
- Riba Cano, David. *Mecanismos cognitivos de aprendizaje social en chimpancés (Pan Troglodytes)*. Evaluación experimental a través de múltiples tareas. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, 2016.
- Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Madrid: Akal, 2005 [1a ed. 1819].
- Stout, Martha. *The sociopath next door. The ruthless versus the rest of us*. Nueva York: Harmony, 2005.
- Taussig, Michael. *Mimesis and Alterity*. Londres: Routledge, 1993.
- Thomas, Kimberly; Reingold, Paul. “From Grace to Grids. Rethinking Due Process Protection for Parole”. *The journal of criminal law and criminology* 107/2 (2017): 213-252.
- Vaal, Frans de: *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética entre los primates*. Barcelona: Tusquets, 2013.